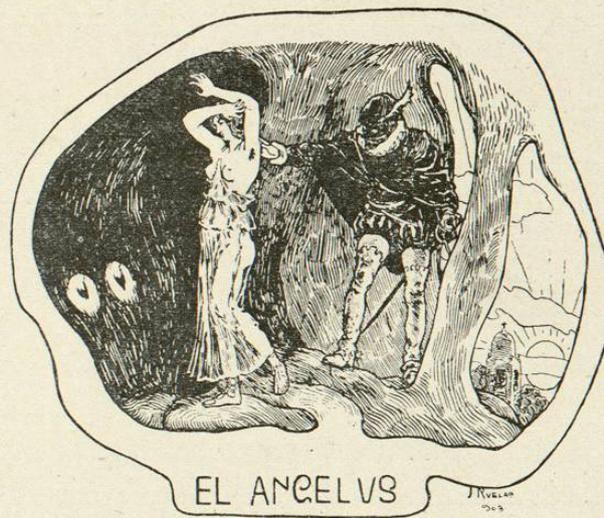


ANGELUS



A CARLOS DIAZ DUFOO.



El ángel del Señor  
anunció á María. . . .

Cuando en torno miró, ya estaba sola;  
en su doliente pecho,  
como una inmensa ola,  
alzáronse la pena y el despecho;

llevó las manos á los negros ojos,  
sacudió con dolor la blanca frente;  
en tanto que en el término del día  
nafragaba la luz, entre los rojos  
oceanos de fuego de Occidente.

Las lágrimas amargas que vertía,  
los suspiros que á veces exhalaba,  
en su seno la tarde recogía.

Era la hora del misterio hondo;  
la claridad colgaba  
aún, en los picachos, sus crespones;  
y del oscuro fondo  
la onda de la noche se elevaba,  
al toque sacrosanto de Oraciones.

«El Ángel del Señor»...entre sus labios  
murmuró la plegaria huyendo luego....  
No pudo levantar el dulce ruego,  
sintió en la boca todos los resabios  
de la boca de él, boca de fuego....

¡Era una niña tan sencilla y pura!  
¡Siempre le vió con tanta confianza!  
Surgió como una hostia en lontananza  
la luna deslumbrante de blancura.  
Lo recordaba. . . . Niños persiguieron  
(¡ay! símbolo quizás de su esperanza)  
la misma mariposa en la espesura;  
juntos lloraron, juntos sonrieron,  
al través de sus lágrimas, rocío  
que bañaba el jazmín de sus mejillas  
al tornar regocijo los enojos;  
no hubo entre ellos jamás tuyo ni mío;  
del torrente en las ásperas orillas  
la coronó una vez de lirios rojos.  
¡Cuánta inocencia la niñez encierra!  
¡Qué diáfanos y puros sus anhelos  
sobre la verde alfombra de la tierra,  
bajo el toldo esplendente de los cielos!

«Anunció á María» . . . . y ya no pudo  
seguir porque aquel beso le sellaba  
el capullo de lirio de la boca,

y puesta de rodillas sollozaba.  
 Creyó mirar en apartada roca  
 la sombra de su madre, á la indecisa  
 luz moribunda que el espacio irisa,  
 pero se desvanece si la invoca.  
 ¿Iba á volverse loca? . . . .  
 «¡Mamá! ¡Mamá!» clamó. De la campana  
 repetía el acento entre los montes:  
 «Llena eres de gracia.» Alzóse ufana  
 y miró los inmensos horizontes.



Vórtice de oro la fulgente grana  
 habíase tornado en el Oeste,  
 franjeado por ráfagas de plomo;  
 lenta palidecía el áurea veste

de la luz espectral, en las alturas;  
 y volvió á la oración la niña, como  
 el náufrago se ase entre las olas  
 al leño que se ofrece en las llanuras  
 del mar, con Dios y con la muerte á solas.  
 «Ave. . . . Ave María,  
 llena eres de gracia,» repetía.  
 «El Señor es contigo,» la campana  
 dijo con voz solemne á sus oídos.

Ella cayó de hinojos  
 entre las sombras de la noche arcana,  
 comprimiendo del pecho los latidos,  
 llenos de luz y lágrimas los ojos;  
 sin duda iba á venir por la mañana!

Era huérfana y pobre. . . . estaba sola;  
 él era bueno, amábale por eso;  
 y estalló por sus labios una ola  
 que le quemó la boca: era aquel beso.  
 Pero sintió el placer de los placeres

serpear por sus venas,  
al escuchar como rumor, apenas:  
«Bendita tú entre todas las mujeres.»  
.....

«Bendito el fruto de tu vientre» .... Un grito  
se escapó de su boca contraída. . . .  
Una estrella radió en el infinito;  
al mirarla cayó desvanecida; . . . .  
y piensa que la noche tiene garras,  
que una boca se pega con la suya,  
oye chocar salvajes cimitarras  
y que clama una voz: tómala, es tuya!

Cuando ella volvió en sí, miró hacia arriba;  
y contemplando del amor la estrella,  
sintió que su alma virginal se iba  
y que el alma de madre entraba en ella.

Y puesta en pie, de espaldas al pasado,  
roto de su pureza el blanco broche,

alzó la frente con dolor callado;  
y silenciosa y triste, pero erguida,  
como el mundo en las sombras de la noche,  
penetró en las tinieblas de la vida.

